PRECUELA BAJO LA PIEL CAMBIANTE

NUESTRA MEJOR CASUALIDAD



YGRITTE BERLANA

NUESTRA MEJOR CASUALIDAD

PRECUELA BAJO LA PIEL CAMBIANTE

YGRITTE BERLANA

© Ilia Berlana Martínez

1ª edición, febrero 2024
ISBN: 9798863134161
Sello: Independently published

Cubierta diseñada por: Ilia Berlana Martínez
Ilustraciones de: Ilia Berlana Martínez
Corrección: Románticas corrección (@_romanticascorreccion)

Reservados todos los derechos.
No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Esta es una obra de ficción. Nombres, situaciones, lugares y caracteres son producto de la imaginación de la autora, o son utilizados ficticiamente. Cualquier similitud con personas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones es pura coincidencia.

A todas las personas que llegaron por casualidad a mi vida y ahora forman parte de ella.

ÍNDICE

Sinopsis

1. Alex
2. Nate
3. Ryan
4. Tim
5. Alex
6. Nate
7. Alex
8. Nate
9. Alex
10. Nate
11. Ryan
12. Tim

Más libros de la saga Bajo la piel cambiante
Otras Obras de Ygritte Berlana
Ygritte Berlana

SINOPSIS

Hay casualidades que cambian el rumbo de nuestra vida. A veces nos recuerdan que no podemos luchar contra nuestro destino; otras nos enseñan un camino que ni sabíamos que existía.

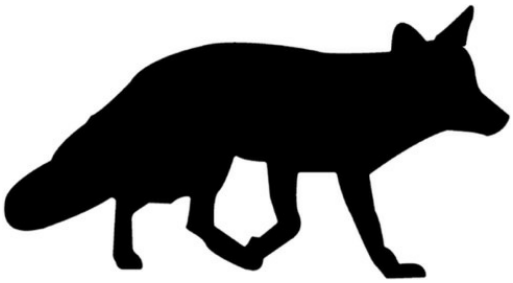
ALEX

¿Qué probabilidad había de que encontrase a Ryan apoyado en mi coche al salir del trabajo? Lo hubiera considerado una bonita casualidad si no llevase meses evitándole. Pensé, tonta de mí, que cuando hallase a mi pareja predestinada todo sería felicidad, flores y amor; tal y como tiene mi hermano Owen. Sin embargo, la vida ha decidido que Ryan fuera un leopardo de las nieves y yo una zorra ártica: una unión casi imposible. Y digo casi porque tendríamos una posibilidad, si no fuera porque Ryan no quiere ni contemplarla…

TIM

Era la primera vez que me adentraba en el territorio de los lobos, al menos, de forma humana. Había muchas cosas que podían ocurrir: hostilidad, reproches o, incluso, que me echasen a patadas. Lo que no esperaba era encontrar a mi pareja predestinada y, mucho menos, que me escoltara para que no me pasase nada. Una bonita casualidad si Nate no fuera un lobo y yo un leopardo de las nieves. Al fin y al cabo, siempre hemos sido los enemigos de todos los cambiantes.

ALEX



HAY ALGUIEN APOYADO EN MI COCHE. UN TÍO. ES LA PRIMERA VEZ. MI CAMARO ME HA ayudado a ligar varias veces, incluso he encontrado a chicas con ganas de sexo sentadas esperando a su dueño. Su cara de decepción al verme las tetas no tenía desperdicio. Pero a un tío nunca. Arg, no es un tío, es un puto leopardo de las nieves. Uno que conozco demasiado bien, para mi desgracia.

—Levanta el culo de mi coche, Ryan. —Se gira de golpe al escucharme y me mira sorprendido, pero no se mueve. Alzo mi ceja expectante y se levanta como si el coche quemase.

—No sabía que era tu coche. Lo juro.

—¿Me estás diciendo que es casualidad que te encuentre aquí sentado?

—Sí —contesta, acercándose a mí, lo suficiente para que mis fosas nasales se impregnen con su olor.

—Y supongo que pretendes que te crea —digo. Me obligo a alejarme de él, yendo hacia la puerta del piloto y abriéndola.

—No tengo por qué mentirte.

—Tampoco tienes por qué decirme la verdad. —Aprieta la mandíbula, pero no contesta a mi provocación.

—Mi hermano está restaurando un Camaro y quería preguntarle al dueño dónde lo había comprado para ver si podía encontrar piezas.

—Sabes perfectamente dónde he comprado el coche, Ryan.

—No sabía que era tuyo. No hubiera perdido veinte minutos de mi vida en esperar al dueño de un coche para que me diera una respuesta que ya sé.

—Perfecto, ahora ya lo sabes. Nos vemos —me despido y entro en el coche.

—Me alegro de verte, Alex —susurra sin mirarme y se va calle abajo con las manos metidas en los bolsillos.

Cuando lo pierdo de vista, inspiro y su olor me envuelve. Sacudo la cabeza, arranco y acelero para volver a casa lo antes posible. Necesito bañarme y quitarme su aroma de encima, pero fracaso estrepitosamente cuando, media hora después de aparcar, sigo dentro del coche inspirando su fragancia y siendo incapaz de salir de ahí. Le odio. Le odio mucho, y odio aún más que sea mi pareja predestinada.

NATE



ME ABURRO. RAISA ME HABÍA PROMETIDO QUE IRÍAMOS A UNDREDAL DE COMPRAS, PERO SU padre la ha reclamado para una reunión corta hace dos horas. Tenemos diferentes conceptos de «corta». Tamborileo el respaldo del banco en el que estoy sentado y me planteo seriamente irme a casa, el problema es que no tengo ganas de aguantar a mis hermanas; están muy pesadas con la boda de Nicole. Si vuelvo a escuchar una queja más sobre el vestido de dama de honor que ha elegido la mediana de mis hermanas, dejaré salir a mi lobo y huiré tan lejos como pueda hasta que pase el día tan esperado.

El motor de un coche me saca de mis pensamientos y frunzo el ceño mientras lo observo. No es de nadie que conozca ni que haya venido antes. Lo sabría. No es que sea un mirón, pero me tomo mi puesto de futuro beta muy en serio y no voy a permitir que nadie ataque a mis alfas. Un chico moreno, delgado y alto sale del coche y me sorprendo al captar que es un leopardo de las nieves. Tiene que haberse perdido, no suelen entrar a nuestro territorio, a no ser que busquen problemas, claro. Este en concreto, quizás quiera morir. Observa todo a su alrededor como buscando algo y agarra con tanta fuerza la puerta del coche que como no se controle la dejará doblada. Decido intervenir:

—¿Puedo ayudarte? —Me sorprende que se sobresalte al escuchar mi voz, por lo general solemos controlar nuestro entorno y más si te adentras en la casa de tus enemigos—. Lo siento, no quería asustarte.

—Estoy buscando el taller de Ilain —contesta mientras lo sigue buscando con la mirada—. Vengo a recoger una pieza que necesito.

—Te acompaño —decido levantándome. Si va a ver a mi alfa, no pienso dejar que vaya solo. Me acerco y le ofrezco mi mano—. Soy Nate.

—Tim. —Pese a su nerviosismo y su aspecto desaliñado, su apretón es fuerte.

—¿Es la primera vez que vienes?

—Sí —admite—. No suelo salir mucho y las pocas veces que lo hago es en la ciudad.

—Por eso estás tan pálido —bromeo—. Así que le has pedido una pieza a Ilain.

—Mi hermano Ryan me dijo que quizás él podría conseguirla. —Ryan, su hermano. Entonces es hijo del jefe de los leopardos de las nieves. Lo observo mejor ahora que registro este dato. Su padre es uno de los seres más despiadados que existen en el mundo, incluidos todos los cambiantes y humanos. O es muy atrevido o muy estúpido al mandar a su hijo al territorio de los lobos. Debe de notar el cambio en mi expresión, porque añade—: Mi padre no sabe que estoy aquí y me gustaría que siguiera siendo así.

—Te olerá al llegar —le recuerdo. Tendría que quemar la ropa y ducharse bien para que nadie se diera cuenta de que ha estado aquí.

—Mi hermano y yo vivimos en la ciudad. —Ese dato me sorprende, por protección solemos vivir juntos. Además, nuestros animales necesitan salir a correr con frecuencia, casi ninguno es capaz de vivir en una ciudad.

—Nunca te he visto en ninguna fiesta —confieso. Quiero sacarle toda la información posible.

—Yo a ti tampoco. —Sonríe de medio lado. Me ha pillado, pero me da igual—. Hace cuatro años mi hermano asumió el rol de representante de los leopardos de las nieves y nos libró al resto de ir a lugares en los que no somos bienvenidos.

—A Ryan sí lo conozco —admito—. No sabía que era el representante de tu grupo, tu padre suele llevar la voz cantante. O tu hermano es muy listo o muy tonto.

—No sabría decirte, creo que me decanto más por lo segundo —bromea con una sonrisa. Una muy bonita, todo sea dicho—. Mi padre es… autoritario. Le gusta que las cosas sean como él quiere. Ryan suele saber manejarlo. Ahora que ya sabes por qué nunca me has visto, ¿qué hay de ti?

—Nos mudamos hace unos meses. Cuando murió nuestro alfa.

—Lo siento. —Noto por su tono que realmente lo dice de verdad, como si entendiera lo que significó para nosotros todo eso—. Entonces, pertenecías a la manada de Whisper.

—Así es.

—No sabía que ya os habíais mudado.

—Los leopardos de las nieves no soléis venir a las reuniones del consejo de cambiantes. —Agacha la cabeza, pero no comenta nada. Abro la puerta del taller y llamo—: ¡Ilain!

—¡Un momento! —Se oye desde el despacho de arriba.

Al abrirse la puerta, un olor a sexo llega hasta nosotros y arrugo la nariz. Mi acompañante abre los ojos sorprendido y se sonroja hasta las orejas. Adorable.

—¡Hola, Raisa! Veo que la reunión ya ha acabado.

—Sí. Lo siento, tenía que relajarme después de… —Se para en seco en cuanto se percata de que no estoy solo y se activa el modo alfa. Es una pasada, en serio, es como si su cerebro hiciera clic—. Hola.

—Me he encontrado un leopardo de las nieves y lo he adoptado —bromeo para aliviar la tensión. El pobre chico ha tragado tan fuerte cuando ha escuchado a la alfa que creía que me iba a dejar sordo—. ¿A que es adorable?

—Supongo que eres Tim, ¿verdad? —comenta Ilain y le ofrece la mano. Mi acompañante arruga la nariz y el lobo la retira con cara de disculpa. Nadie quiere oler a la pareja de otro cambiante—. Tengo aquí tu pieza.

El lobo y el leopardo de las nieves se acercan a una mesa y hablan de cosas que ni entiendo ni quiero entender. Raisa viene hasta mí y apoya su codo en mi hombro.

—Es el hijo de Oliver —le explico y asiente—. Él y su hermano viven en la ciudad.

—Eso es raro —comenta observándolo—. ¿Le has dicho quién eres?

—Le he explicado de dónde vengo.

—Así que el jefe de los leopardos de las nieves lo sabrá en breve. Bueno, mejor. Parece que la cosa con los zorros árticos anda algo tensa últimamente. Que se enteren de que ahora somos el doble podría apaciguar los ánimos un poco.

—¿Tan mal está?

—Peor —admite con un suspiro—. ¿Aún tienes ganas de ir de compras?

—Siempre. Acompaño a nuestro invitado al coche para que no se pierda y nos vamos.

—Me parece un gran plan.

3

RYAN



—¿Vas a salir? —me interroga mi hermano, que está tumbado en el sofá viendo la tele, aunque no creo que le esté haciendo mucho caso al programa de cocina.

—Sí, algunos de la universidad han quedado para tomar algo.

—¿Alex irá?

—Eso me han comentado.

—Me pondré los tapones para dormir —afirma y se lo agradezco. Me pone muy nervioso saber que está cerca cuando estoy con ella—. Creo que nuestro querido padre está molestando de nuevo a los zorros árticos.

—¿Cómo lo sabes?

—Comentaron algo ayer en el taller. Fue bastante críptico, pero te lo digo porque igual Alex está más tensa de lo habitual.

—No creo que note mucha diferencia, la verdad.

—¿Cómo lo supiste? Que era ella, digo. —Me siento en el sofá y recoge sus piernas para hacerme sitio. Tim es el único que lo sabe y nunca me ha hecho preguntas ni me ha juzgado. Me ha apoyado y ha mantenido el secreto todos estos años.

—Mi leopardo hizo un salto extraño, como una pirueta, y lo entendí. Era su forma de reclamarla. Ella era mi pareja. —Me pierdo en los pensamientos de ese día y lo feliz y asustado que me sentí en ese momento. Un movimiento de mi hermano me trae de vuelta—. No sé si te he ayudado.

—Sí, creo que sí.

—¿Ya has montado la pieza? —Decido cambiar de tema, Tim es aún más reservado que yo, cuando quiera hablar, lo hará. Forzarle solo lo meterá aún más en su caparazón.

—Sí, ya está listo. Ilain se ofreció a venir y revisarlo conmigo.

—Es una buena idea. Si necesitas que esté contigo me avisas. —Miro el reloj y veo que tengo que salir ya si no quiero llegar tarde. Le doy una palmada en la pierna antes de despedirme —: Me voy.

—Suerte con Alex.

Asiento, la voy a necesitar.

Una de las ventajas de ser puntual es que puedes elegir dónde sentarte en la mesa. Una de las desventajas de no serlo es que solo puedes sentarte en el hueco libre que te hayan dejado tus amigos. Por suerte para mí, Alex pertenece al segundo grupo, así que cuando llega, el único asiento libre que hay es a mi lado.

Manda besos con la mano a todos menos a mí y se sienta, bajándose la minifalda negra de cuero que lleva puesta. Aun así, más de la mitad de su muslo queda al descubierto y mi mano va directa a esa zona. Ni siquiera se sorprende, ni se aparta, sigue hablando como si nada mientras empiezo a subir y bajar por la carne expuesta. Cada vez más abajo, cada vez más arriba, trazando el interior de su muslo, como si quisiera memorizarlo, como si no pudiera ya dibujarlo con los ojos cerrados. La segunda vez que llego al borde de su falda, cruza las piernas atrapándome entre ellas, en una petición silenciosa de que no alcance mi objetivo, pero sin querer que pare de intentarlo. Mis yemas trazan círculos en su piel mientras noto como se eriza con mi contacto. Me libera de golpe cuando llega una pregunta impertinente por parte de su gran amiga Karen:

—Ryan, ¿dónde está tu mano izquierda?

—Rascándome los huevos mientras pienso en ti, Karen —contesto y enseño la mano como si no notase el cosquilleo que me pide volver donde estaba. Parte de la mesa se ríe y un tacón de Alex impacta contra mi pierna. Me da igual, no soporto a Karen.

—Por un momento pensé que estaba en la pierna de Alex —me pica.

—Creo que solo un insensato se atrevería a tocar a Alex sin su consentimiento después del ojo morado que le dejó a Patrick en la fiesta de Halloween del primer año —alego, poniendo mi brazo por detrás de la silla de Alex, demostrándole que puedo invadir su espacio personal cuando me dé la gana y la reto con la mirada a que me lo impida.

—Doy fe —contesta Patrick y las risas aligeran la tensión del momento.

La charla banal vuelve a la mesa, pero noto la mirada asesina de Karen clavada en mí y cómo se va enfureciendo cuando la ignoro de forma premeditada. Que le den.

Nos movemos a otro garito, uno lleno de gente bailando, ruido y donde mis zapatos se quedan pegados a cada paso. El sitio ideal para desaparecer con Alex sin que nadie nos eche de menos. Pido una copa y me voy a un rincón donde se encuentran nuestros acompañantes mientras esperamos que Karen y Alex recojan sus bebidas. Me centro en ellas para escuchar su conversación.

—¿Vas a pasar la noche con Ryan?

—Ya sabes la respuesta a esa pregunta, Karen.

—No lo entiendo, Alex. Pensé que ya te habías olvidado de él, pero aparece hoy y es como si nada hubiera pasado.

—Lo que tú pensaras no es problema mío.

—Y ¿Simon?

—¿Qué pasa con él?

—Está más que interesado en ti. Le gustas, Alex, y no te usa para aliviar tensiones y si te he visto no me acuerdo.

—Ryan no me usa. Somos dos adultos que disfrutan del sexo juntos, Karen. Somos follamigos.

—¿Follamigos? —cuestiona incrédula.

—Sí, ya sabes. Amigos que follan sin compromiso. Deberías probarlo.

—Ya sé lo que es, Alex. El problema es que Ryan y tú no podéis serlo. —Aflojo el agarre del vaso antes de romperlo entre mis manos.

—¿Por qué? —escupe.

—Porque Ryan y tú no sois amigos.

Si Karen hubiera cogido un puñal y me lo hubiera clavado en el corazón, me hubiera dolido menos. Lo peor es que tiene razón. Alex y yo fuimos amigos hace muchos años. Después fuimos novios, los mejores meses de mi vida, y luego… Bueno, luego todo se fue a la mierda y fui

incapaz de arreglarlo. Dos años después nos encontramos en la universidad y empezamos este juego extraño con el que llevamos cuatro años, en el que nos ignoramos, pero nos buscamos para follar. Desde que nos graduamos no la había vuelto a ver, hasta que, por casualidad, acabé sentado en el capó de su coche. Ella no me buscó y yo le di espacio. Es difícil para nosotros estar separados, pero hay heridas del pasado que no son fáciles de cerrar y aún sangran.

A Alex se le ha ido toda la alegría de la cara, igual que a mí, supongo. Se bebe toda la copa de golpe mientras llega a donde estamos y clava la mirada en mí. Acorto la distancia que nos separa y acuno su cara con mis manos. Cierra los ojos y sonríe mientras acaricio su mejilla con mi pulgar. Pese a que nuestros amigos saben que nos hemos liado mil veces, nunca hemos dado una muestra de afecto en público. Era demasiado peligroso. Lo sigue siendo, pero ella lo merece. Ni siquiera pienso dónde estoy o con quién, beso sus labios y el resto del mundo deja de existir. Me alimento de su sabor mientras nuestras lenguas danzan como dos bailarines que se sincronizan a cada paso que dan. Como si supieran que estar juntas es su destino.

—Vámonos ya —me suplica y la cojo de la mano para irnos fuera—. ¿Has venido en coche?

—No, ¿y tú? —Niega con la cabeza y miro la calle que lleva a mi casa—. ¿Una carrera?

—¿Qué me llevo si gano? —pregunta caminando hacia allí.

—A mí.

—Y ¿si pierdo?

—Yo te tendré a ti.

—Tentador… ¿Estás preparado?

—Siempre, Copito de nieve.

Se sorprende cuando uso el apelativo cariñoso que usaba cuando éramos novios, pero no dice nada. Hacía años que no la llamaba así. Estos meses sin verla me han vuelto loco. Me mira desafiante y echa a correr calle abajo. Consigo adelantarla al poco y oigo como me grita poco después:

—¡Ryan, para!

—¿Qué pasa? —interrogo preocupado cuando la alcanzo—. ¿Estás bien?

—No puedo correr con estos tacones —comenta enseñándome sus zapatos.

—¿Significa eso que te rindes?

—Nunca —sentencia con una sonrisa—. Significa que podría dejarte ganar por hoy.

—Entonces, voy a tomar mi premio. —La alzo y me la echo al hombro mientras lanza una exclamación de sorpresa—. ¿Corriendo o andando?

—Podemos ir andando como dos personas civilizadas —dice riendo e intentando bajarse.

—No, no, eres mi premio. No quiero perderlo.

—No vas a perderme, Ryan —confiesa y mi leopardo da un salto, parecido a cuando supe que era ella—. Ahora bájame o…

—¿O qué? —la reto y noto un mordisco en la espalda—. Echaba de menos que me marcases.

—Yo también —susurra y la bajo lo suficiente para cogerla del culo y encararla. Sus piernas y sus brazos me rodean y pararía el tiempo para quedarnos así para siempre—. Ya hemos llegado.

—¿Está Tim? —pregunta mientras intento abrir la puerta con ella entre mis brazos.

—Me ha prometido que se pondría tapones.

En cuanto cierro la puerta, sus labios buscan los míos y me dejo besar mientras nos dirijo a mi dormitorio. Nos tumbo en la cama, dejándola atrapada entre el colchón y mi cuerpo. Profundizo el beso y mis manos van directas a sus pechos, tan grandes que apenas puedo abarcarlos enteros. Tarda un segundo en desabrocharme la camisa y la ayudo a quitármela.

Aprovecho que nos hemos separado para quitarle el top y gruño cuando veo el sujetador de encaje negro que lleva puesto y que se desabrocha por delante. Una vez liberados, los beso, lamo y muerdo mientras Alex gime y se retuerce de placer. Me ayuda a quitarle los zapatos cuando intento quitarle las medias y estos me lo impiden.

Cuando la tengo en bragas en mi cama, me levanto y empiezo a desvestirme ante su atenta mirada. Le encanta observarme mientras desabrocho el botón del pantalón, me quito los zapatos, los calcetines y, poco a poco, bajo la cremallera. Lo hago lento, como un ritual, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo para estar juntos.

Me quedo en calzoncillos delante de ella y se relame. Los baja hasta las rodillas y los ignora para centrarse en mi polla, que palpita con su presencia. La coge, la aprieta y lame la punta, con parsimonia, como solo ella sabe hacer. Sube y baja su mano y se me escapa un siseo, seguido de un jadeo cuando la introduce en su boca y succiona. Su lengua recorre toda su longitud y se entretiene subiendo y bajando por ella para volver a meterla en la boca y arrancarme un gemido cada vez que lo hace. Cuando estoy a punto de correrme, la freno.

Se tumba en la cama y me deja hacer. Hoy es mi premio. Le quito las bragas y las lanzo junto con mis calzoncillos. Le abro las piernas y aspiro su olor antes de meter la lengua entre sus pliegues y hacerla soltar un gemido ronco. No soy suave, la devoro como si fuera chocolate y yo llevase un año sin comer. Como si fuera mi pareja y llevase meses sin verla. Cuando agarra mi pelo para indicarme que está a punto y que pare, la ignoro y me la sigo comiendo hasta que mi nombre sale de sus labios en un jadeo. Beso sus muslos y dejo que se recupere antes de asaltarla de nuevo con mis manos hasta que está a punto de alcanzar otro orgasmo.

Me siento en la cama y la coloco encima de mí. Pego su espalda a mi pecho mientras me introduzco dentro de ella. Se empieza a balancear y mis dedos van directos a su clítoris para llegar juntos al orgasmo al poco. La abrazo y beso su espalda mientras se recupera. Cuando tiene fuerzas suficientes, se levanta y se dirige al baño sin decir nada. Se acabó el juego.

Me limpio con unos pañuelos de papel que tengo en la mesita y me coloco los calzoncillos. Cuando regresa, se sienta en la cama y empieza a vestirse.

—Podrías quedarte a dormir —propongo, porque no quiero que se vaya. Ni ahora ni nunca. Para de atarse los zapatos un segundo, pero sacude la cabeza.

—¿Eso cambiaría algo? Mañana al despertarnos seguiríamos siendo un leopardo de las nieves y una zorra ártica, Ryan. Dormir juntos no va a cambiar lo que somos. Solo nos causará más dolor al separarnos. Ya lo hemos vivido.

—Somos pareja, Alex. Eso debería estar por encima de todo.

—Sí, debería. Ese es el problema, Ryan, que no lo está.

—Y ¿si lo estuviera?

—¿Vas a enfrentarte a tu padre por mí? —interroga, triste, porque sabe la respuesta. No contesto y agacho la cabeza—. Ya, pues eso. Quizás otro día.

—¿En casa de Simon te quedas a dormir? —escupo con rabia. No es justo que estemos así.

—Ese baboso solo busca un agujero donde meterla en caliente.

—Y ¿le dejas? —pregunto, incluso si no estoy preparado para saber la respuesta.

—¿Te has tirado tú a otra, alguna vez?

—No —sentencio. Lo intenté, pero no fui capaz, aunque eso no se lo digo.

—Ahí tienes tu respuesta. —Su expresión es la misma que la mía, ninguno de los dos podemos.

Se pone a rebuscar en el bolso y me giro para darle intimidad; cuando termina de hacer lo que estuviera haciendo, se despide:

—Me voy, saluda a Tim de mi parte.

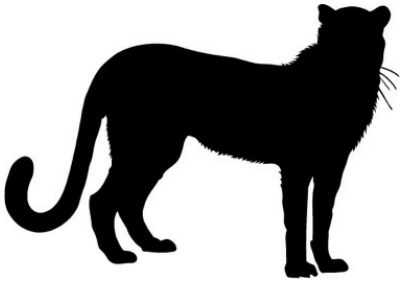
—Claro. Nos vemos.

Oigo cada uno de sus pasos hasta la puerta de entrada, desgarrándome por dentro un poco más. Ese sonido me acompaña en mis pesadillas, en las que Alex se va para siempre. Antes de salir, el sonido de su voz llega hasta mí:

—Te he echado de menos, Ryan.

—Yo a ti también, Alex.

TIM



—¿Se llevó la camiseta? —Mi hermano asiente mientras se acaba de preparar el café —. ¿Qué te dejó ella?

—Un pañuelo de calaveras.

—No entiendo este juego que tenéis.

—No es un juego, Tim. Los dos necesitamos estar juntos, así que ella me roba ropa para tener mi olor y a cambio me deja algo a mí.

—¿Le pediste que se quedase a dormir?

—Sí, y no quiso.

—Lo siento. —Y lo digo de corazón, odio ver sufrir a Ryan por esto. Llevan demasiado tiempo así. Estos últimos meses ha vivido un infierno, supongo que al igual que ella.

—Ya… yo también. —Se pasa las manos por el pelo y agacha la cabeza. Ya conozco el ritual, estará unos días encerrado en su habitación hasta que no le quede más remedio que salir y volverá a quedar con los amigos de la universidad cuando sepa que va ella, y vuelta a empezar. No querría ser él.

—Me he estado… informando sobre las parejas predestinadas —confieso y me mira extrañado—. Una de las cosas que dicen es que no pueden hacerse daño, pero Alex y tú… Bueno, no sé cómo definir lo que tenéis, pero sano y poco doloroso no es.

—Hacerle daño me causa dolor, mucho —me explica y sus ojos se llenan de lágrimas—. Me desgarra por dentro, casi tanto como cuando estamos separados. El único consuelo que tengo es que prefiero tenerla así que no tenerla.

—¿Crees que la mataría si supiera que es tu pareja?

—Sin ninguna duda —gruñe—. Cada vez que voy me pregunta por «mi amiga, la zorra». Me aterra que llegue a ella y todo lo que pueda hacerle. Prefiero morirme.

—¿Ella lo sabe?

—Cree que no quiero estar con ella porque no soporto enfrentarme a padre. En parte, es verdad.

—Podríais huir más al norte. Los lobos se llevan bien con los osos polares, os acogerían.

—No quiero estar con Alex huyendo, Tim. Quiero tenerla entera y libre. No se merece menos.

—Entonces espero que tu plan funcione, porque a padre le queda poco para perder la paciencia y atacar a los zorros árticos. —Cuando me lo contó, era escéptico, pero después de cuatro años, lo veo plausible. Espero no equivocarme—. Y más cuando se entere de que la manada de Whisper se ha unido de forma definitiva a la de Victor.

—Me encantaría ver su cara cuando se entere —confiesa con una sonrisa de medio lado—.

¿Cuándo has quedado con Ilain?

—El lunes a las tres de la tarde.

—Allí estaré.

EL SONIDO del timbre del local, que tengo alquilado para montar el coche, me saca de mis pensamientos y abro la puerta al oler a los lobos que esperan fuera. Me sorprende que Nate haya decidido venir, aunque a mi leopardo le hace muy feliz su presencia. Tanto que no para de saltar y gruñir satisfecho. Ryan se acerca a saludarlos y se apoya en la pared lateral con los brazos cruzados. Me va a dejar solo en la boca del lobo, literalmente.

—Aquí está el coche —consigo decir señalándolo y acercándome a él—. Gracias por venir hasta aquí a revisarlo.

—No hay problema —contesta Ilain con una sonrisa—. Me encantan los modelos antiguos.

Se mete debajo del capó y le observo apoyado en la pared, cerca de Nate. A veces pienso cómo hubiera sido nuestra vida si nos hubiéramos relacionado con otros cambiantes. ¿Sería amigo de Ilain? ¿Me contrataría de mecánico en su taller? ¿Saldríamos a correr por el bosque juntos? Siempre me ha parecido precioso el valle en el que viven, pero dejé de escaparme cuando me encontré, de adolescente, rodeado de cuatro renos adultos muy enfadados. No les culpo, a mí también me parece una aberración lo que hizo mi padre, aunque no se me permita decirlo.

Ilain me va preguntando cosas de las piezas mientras lo revisa y el resto permanecen callados hasta que a Nate le suena el móvil.

—Hola, zorrita guapa —contesta nada más descolgar—. ¿Qué pasa?

—Nate —el tono de alarma de su interlocutora nos pone en alerta a los tres y prestamos atención a la conversación sin disimulo—, ¿has hablado con Alex este fin de semana? Llevamos intentando localizarla desde el viernes por la noche, pero no responde a los mensajes ni coge las llamadas.

Nate se despega de la pared y empieza a andar en círculos. Ilain se limpia las manos con un trapo antes de sacar el móvil y mandar lo que parece un mensaje. Ryan hace lo mismo y empieza a teclear como un loco. Me acerco a él, si a Alex le ha pasado algo, voy a necesitar ayuda para contenerlo y su secreto saldrá a la luz delante de nuestros invitados.

—No, me dijo que había quedado con los de la universidad el viernes. Debe de tener resaca, Martha —le resta importancia el lobo.

—¿Puedes preguntarle a Nicole? —le suplica la mujer—. La hubiera llamado yo, pero no encuentro su teléfono.

—Está trabajando, si quieres la llamo esta noche…

—Ahora, Nate —le exige—. Owen está que se sube por las paredes, me da miedo que haga una locura.

Owen, el hermano de Alex. Sé que no están muy unidos, al menos no tanto como Ryan y yo, pero también sé que cualquiera de los dos haría lo que fuera por el otro. Si mi hermano no diera señales de vida en dos días… Bueno, no dejaría que pasasen dos días, a mitad del primero ya habría levantado todas las piedras del país buscándolo.

—Te llamo —contesta Nate serio, colgando y buscando un número para llamar. Observo a Ryan, que mira su teléfono con desesperación, y me da miedo que se transforme y su leopardo salga corriendo a buscarla. Pongo una mano en su hombro y noto que se relaja ligeramente.

—Estoy trabajando, Nate. —Se escucha a una mujer después de dos tonos de llamada—. Ya puede ser importante.

—¿Has hablado con Alex este fin de semana? —le exige saber Nate, imagino que a la tal Nicole. Debe de ser alguien de su manada.

—¿Con Alex? —se extraña—. Sí, hablé ayer con ella un rato. ¿Por qué? —La tensión del momento baja y respiramos aliviados, menos mi hermano, que sigue mirando el móvil como si fuera a decirle dónde está Alex.

—Parece que no les coge el teléfono ni a Owen ni a Martha y se han preocupado —le explica Nate, ahora mucho más tranquilo.

—Ya… —Se escucha un suspiro antes de seguir—. Se han prometido, Nate. Necesita tiempo.

—Pensaba que había aceptado a Martha como pareja de su hermano —dice Nate sorprendido y miro a Ryan, que agacha la cabeza, aunque eso no me impide ver que tiene los ojos acuosos. Le doy un apretón en el hombro que tengo cogido. Esto no es por lo que ellos tienen, sino por lo que ella no tiene.

—No es eso, Nate. —Carraspea y sigue hablando—: Mira, tengo que dejarte, pero Alex está bien, solo necesita distanciarse. Hablaré con ella para que les mande un mensaje.

—Gracias, Nicole —se despide Nate y llama de nuevo, imagino que a la primera mujer que le ha llamado—. Está bien, habló ayer con Nicole.

—Owen, Alex está bien. —Se oye de fondo y seguido, un portazo—. Gracias, Nate. Mi futuro marido está muy nervioso con todo el tema de los leopardos de las nieves y le ha dado miedo que hubieran ido a por ella.

Ryan y yo nos tensamos ante esa afirmación y Nate clava sus ojos en los míos.

—Todos estamos tensos, Martha —afirma sin apartar la mirada. Agacho la cabeza, no soy capaz de soportar su reproche aunque no sea el causante—. No te disculpes por ello.

—Es que no entiendo a Alex. —Suspira—. Cada vez está más cerrada en sí misma. Me da miedo perderla, Nate.

—Me paso esta semana un día y tomamos un café, ¿te parece? —corta a su amiga, imagino que para que no oigamos nada más, aunque si supiera la verdad… No es asunto mío, estoy feliz de que a Alex no le haya pasado nada y haya quedado en un susto.

—Claro. Dale las gracias a Nicole —se despide Martha.

—De tu parte.

Nate cuelga el teléfono y todos volvemos a nuestra posición inicial. Los dos apoyados en la pared e Ilain revisando el motor de mi coche, como si no hubiera pasado nada. Ryan guarda el móvil después de que le suene un mensaje y le vuelve el color a la cara. Si los lobos han notado algo en mi hermano, no lo comentan.

—¿Está mi padre molestando a los zorros árticos? —Ryan rompe el silencio tenso que se había generado, cinco minutos después.

—Quiere que le cedan parte de su territorio —explica Ilain sin sacar la cabeza de debajo del capó—. Alega que han nacido muchos niños y necesitáis más casas. Ha amenazado con atacarlos si no dan su brazo a torcer.

—¿Por qué no me habéis informado de esto? —pregunta molesto mi hermano. Yo tampoco sabía nada, pero lo de los niños es mentira. Como todo lo que sale de la boca de mi padre.

—Tu padre dijo que estabas al tanto y de acuerdo con ello —contesta Nate—. De hecho, hemos discutido mucho si venir hoy. Olía a trampa por todos los lados.

Ryan asiente y agacha la cabeza. Suele ser capaz de ocultar lo que siente, pero la tensión por Alex lo ha tenido que dejar hecho polvo. Siempre seremos los malos, da igual lo que hagamos, siempre seremos los que masacraron a los de su especie para quitarles su territorio. Incluso si

éramos unos niños cuando todo eso pasó.

—Si me disculpáis —dice mi hermano dirigiéndose a la puerta—. Tengo muchas llamadas que hacer. Un placer veros, supongo.

Me duele que crean que tramaríamos una trampa para matar al futuro alfa de los lobos, pero si yo fuera ellos, imagino que pensaría igual. Supongo que lo que me duele es que Nate piense que soy capaz de hacer algo así. Me acerco a él, lo suficiente como para que nuestros hombros se rocen, y aspiro su olor. Mi leopardo se estira feliz y yo me quiero morir.

—Así que has venido para defender a tu alfa —le recrimino, incluso aunque no tenga ningún derecho a hacerlo, pero estoy dolido.

—¿Pensabas que venía a verte a ti? —comenta con desdén—. No te creas tan importante. —Una expresión de dolor atraviesa su rostro y agacha la cabeza—. Lo siento.

—Da igual. Al menos has sido sincero. —Me alejo de él, pero me coge la mano para frenar mi avance.

—No, no lo he sido —confiesa—. Estaba tan entusiasmado por venir que ni siquiera pensé que se podría tratar de una estratagema por parte de los leopardos de las nieves para atacar a Ilain. Fue Raisa la que nos bajó a la tierra. Ni siquiera sé de coches, solo quería volver a verte.

Asiento, incapaz de contestar a su confesión. Admito que he estado pensando en excusas para volver al territorio de los lobos y verle de nuevo, solo por saber si me causaría el mismo efecto que la primera vez. Ha sido aún mejor. Vuelvo a la pared, junto a su hombro, y reúno el valor para hablar:

—Suelo salir de trabajar a las seis y media. Hay un local cerca con cerveza artesanal y hamburguesas generosas, por si te apetece pasarte un día. Se llama Michael Collins.

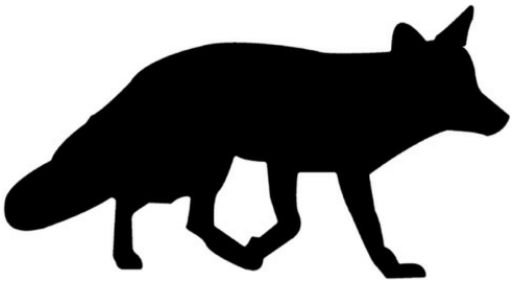
—Puede que me pase mañana —comenta como si nada—. Llegaré sobre las siete.

—Perfecto. Pillaré una mesa al fondo —digo mirándole con una sonrisa que me devuelve.

Sus dedos empiezan a jugar con los míos mientras observamos a Ilain trabajar. Creo que está alargando la revisión para darnos algo de tiempo. Una vez acabada, me indica que está todo bien y que, aunque necesitaría que lo llevase al taller para una revisión más profunda, podría empezar a usarlo. Nos despedimos y observo el coche perderse en la lejanía hasta que no es más que un punto en el horizonte. Al llegar a casa, Ryan no está, pero estoy demasiado feliz para preocuparme por él. Mañana tengo mi primera cita. ¡Mierda!, ¡mañana tengo mi primera cita!

5

ALEX



¿POR QUÉ ESTÁ RYAN DANDO CÍRCULOS DELANTE DE MI COCHE? RALENTIZO EL PASO PARA observarle, parece preocupado. ¿Habrá pasado algo?

—¿Ese es Ryan? —pregunta Patrick cuando nos acercamos y alerta al leopardo de las nieves que viene directo hacia mí—. Ayer me escribió un mensaje para saber si habías venido a trabajar, fue raro. Incluso para vosotros.

Voy a girarme para mirar a mi acompañante, pero unas manos me lo impiden, cogiendo mi cara con delicadeza y estampando sus labios con los míos, con una urgencia que contrasta con las caricias de sus pulgares. Apoya su frente en la mía y respira hondo, intentando calmarse antes de hablar.

—Os dejo solos, chicos —se despide Patrick—. Nos vemos mañana, Alex.

Oigo como se aleja, pero estoy demasiado preocupada por Ryan como para decir nada. Cuando el tiempo prudencial para dejarle hablar pasa, decido intervenir:

—Ryan, ¿qué pasa? Me estás asustando.

—Necesitaba verte —confiesa—. Ayer, cuando no te localizaban, me asusté mucho, Alex. Pensé que te había perdido, casi me vuelvo loco.

—Owen es un exagerado —bromeo riendo, pero no sonríe—. Lo siento. A veces me cuesta lidiar con su felicidad absoluta con su pareja perfecta. Solo necesitaba espacio, no pensé que alarmaría a todo el mundo. ¿Cómo te enteraste?

—Martha llamó a Nate cuando estaba en el garaje de mi hermano. Ilain vino a revisar el coche.

—Ya es casualidad que fuera en ese momento justo —digo mientras me separo y me dirijo al coche, pero su mano me frena.

—Voy a hacerlo, Alex —promete—. Voy a enfrentarme a mi padre por ti. Me dan igual las consecuencias. Llevamos demasiado tiempo sufriendo por no poder estar juntos. Sentir que te había perdido ha sido la peor sensación que he vivido en la vida. Solo te pido unas semanas para prepararlo todo. ¿Podrás concederme eso?

Me limpia las lágrimas que me han causado sus palabras. Las mismas que llevo esperando escuchar tantos años. Noto como si se hubiera roto una presa dentro de mi corazón al asentir. Ha tenido que creer que me perdía para darse cuenta de que lo único que nos impide estar juntos es su miedo, y yo necesito creer que sus palabras son verdad, porque estoy cansada de negarme a estar con él cuando es lo único que quiero en la vida.

—¿Vamos a casa? —me pide.

—Claro —contesto con una sonrisa—. ¿Tienes tu coche o vamos con el mío?

—He venido corriendo —confiesa y me río. Sube al coche y le lanzo el bolso al regazo,

saliendo una de sus camisetas de él. Una sonrisa de suficiencia aparece en su cara y ruedo los ojos—. Yo también tengo un pañuelo tuyo en el cajón de mi oficina.

—Estamos locos, Ryan —digo riendo y girando en una calle para dirigirme a su casa.

—¿Qué quieres cenar? —pregunta cambiando de tema y hace que me dé cuenta de que esta será la primera vez que vaya a su casa de día y sin un objetivo claro—. Tengo cogido el punto a la *pizza* congelada de cuatro quesos.

—Solo si le añades beicon —bromeo.

—¿Por quién me tomas? —Se indigna en broma—. Todo mejora con beicon.

—Menos la nata —le pico.

—No, la nata mejora contigo —suelta y se relame. Agradezco que hayamos llegado para no contestar a esa provocación, que me ha encendido más de lo que me gustaría admitir. Huele el ambiente al salir del coche y me mira desafiante, como si fuera a cazarme—. Creo que la *pizza* va a tener que esperar.

—Para eso, tendrías que ganarme —le reto y echo a correr hacia la entrada de la casa. Me pilla justo en la puerta y empieza a hacerme cosquillas que me desatan carcajadas que resuenan por toda la calle—. ¡Para! ¡Para y abre, Ryan!

—Como desees, Copito de nieve —dice dándome un beso en la nariz y mi zorra da una voltereta al escuchar ese apelativo. Es la segunda vez que me llama así y admito que me encanta. Pensé que se había olvidado.

Al entrar, me alza del culo y me estampa contra la pared del recibidor, volviendo a besarme con ansia.

—¿Y Tim? —pregunto, porque no tengo ganas de que su hermano me vea el culo.

—En una cita —confiesa, lamiendo mi cuello—. Volverá tarde.

Nos dirige al sofá, donde se sienta conmigo encima y empieza a subir el vestido mientras gruñe cada vez que destapa alguna parte de mi cuerpo.

—¿Siempre vas tan *sexy* debajo del vestido a trabajar?

—Nunca se sabe cuándo un leopardo de las nieves me va a pedir que vaya a su casa. Hay que estar preparada para todo.

—Estarías preciosa con cualquier cosa que te pusieras —sentencia—, pero no pienso quejarme. Ese liguero me está volviendo loco.

Cojo su cara y empiezo a besarle lentamente. Hoy no tenemos prisa, disponemos de toda la noche. Ojalá fuera toda la eternidad. Aparto ese pensamiento y me centro en sus manos, que acarician mis costados con las yemas de sus dedos. Llegan hasta mi sujetador y lo desabrochan, bajando los tirantes para quitármelo y tirarlo por ahí. Levanto su camiseta, sacándosela por la cabeza, y pego mi pecho al suyo, para notar su calor. Su lengua sale de mi boca y empieza a trazar un camino hasta mi cuello. Al llegar a la unión con mi hombro, me da un suave mordisco y un beso antes de seguir el trayecto hasta mis pechos. Los coge, los besa, los lame y los muerde, venerándolos como siempre hace. El vaivén de mis caderas se intensifica y me frena, agarrándome del culo. Me coge la cara y me mira, como si lo hiciera por primera vez.

—Quédate a dormir —me suplica.

—Sí. —Y con esa afirmación, rompo la última barrera que había levantado alrededor de mi corazón para protegerlo de él. Solo espero que no vuelva a romperlo. Estoy cansada de este juego, cansada de hacernos daño por miedo a su padre. Estoy harta de no poder estar con él todos los días de mi vida. Estos meses separados han sido un infierno, no quiero volver a vivirlo.

Como si mi respuesta fuera justo lo que necesitaba, nos pone de pie, se quita los vaqueros y calzoncillos, volviendo a sentarse y acercándome a él. Gruñe y rompe mis bragas, antes de

sentarme encima mientras se introduce poco a poco. Tira la cabeza hacia atrás cuando estoy llena y empiezo a balancearme. Poco a poco los movimientos se vuelven más erráticos y me coge de las caderas para centrarme. Gritamos nuestros nombres prácticamente a la vez cuando alcanzamos el orgasmo.

Al volver del baño, me lo encuentro con unos pantalones cortos y me pone su camiseta, que me llega por las rodillas. Me coge en brazos y me sienta en la isla de la cocina.

—Perfecta —comenta besando mi nariz y se dirige al horno—. Lo estoy precalentando para meter la *pizza*. ¿Qué quieres beber?

—Una cerveza estaría bien.

—Creo que esta te gustará —asegura dándome un botellín con una etiqueta que nunca había visto—. A Tim le gusta la cerveza artesanal, así que tiene una balda de la nevera llena.

—Me gusta la nevera de tu casa.

—¿Qué tal hoy en el trabajo? Me gustaría saber qué haces —confiesa sin mirarme, centrado en ponerle beicon a la *pizza*.

Le cuento mi día a día en la oficina, lo que me gusta del trabajo y lo que no. Cuando la *pizza* está lista, me río porque se quema el paladar por ansias y acabo sentada encima de él mientras me hace cosquillas. Decide que esa es la mejor postura para comer, con su mano metida por la camiseta cogiendo mi vientre mientras intenta robarme el último trozo de *pizza* y acabamos mordiéndolo los dos para acabar en un beso lleno de queso.

Al llegar a la cama me lo quedo mirando mientras da vueltas sacando cosas del armario.

—Aquí tienes varias prendas, por si las necesitas.

—¿Eso son bragas? —pregunto sorprendida.

—Te las compré por si algún día las necesitabas —confiesa tímido, por primera vez en su vida—. Hace unos años de eso, así que no sé si te irán.

—Gracias —susurro y se acerca a darme un beso en la cabeza.

Me encanta Ryan cuando solo somos él y yo y no existe el resto del mundo. Cuando me olvido de que es un leopardo de las nieves y yo una zorra ártica; de que tiene que enfrentarse a su padre para estar juntos. Cuando me acaricia, cuando me cuida, cuando me besa con amor. Cuando me hace sentir que no hay nada que nos impida estar juntos.

Cojo la ropa interior que tenía guardada para mí y voy al baño. Al volver, está tumbado en la cama sin camiseta y me sonríe. Me meto con él debajo de las sábanas y me apoyo en su pecho. Me quedo dormida con el sonido de su corazón y, justo antes de dormirme, le oigo murmurar:

—Te quiero, Alex. Tú siempre estarás por encima de todo.

Y decido creerle, porque él también estará siempre por encima de todo.

6

NATE



DECIR QUE ESTOY NERVIOSO SERÍA EL EUFEMISMO DEL AÑO. O PUEDE QUE DEL SIGLO. LE HE pedido ayuda a Nicole con la ropa después de que se riese de mí por vestirme con traje y chaqueta para ir a una hamburguesería. Al final me ha obligado a ponerme unos vaqueros con una camiseta azul claro que, según ella, realzan mis ojos. No es que vaya incómodo, es que me parece un atuendo demasiado informal para una primera cita. Para mi primera cita con mi pareja predestinada para más inri. Quiero que sea perfecta.

No me di cuenta hasta que no abrió la puerta del taller improvisado que tiene en ese garaje cochambroso al que fuimos. O puede que no quisiera darme cuenta hasta entonces, porque no había podido dejar de pensar en él desde que me había despedido cuando lo acompañé al coche. El salto que dio mi lobo cuando me regaló una sonrisa sincera, como si él también quisiera volver a verme, creo que no lo olvidaré en la vida. Ni el salto ni la sonrisa.

Me miro de nuevo en el reflejo del cristal del local de al lado y respiro hondo antes de entrar. En una inspección rápida, noto un cambiante a ciervo y a Tim al fondo del local, el resto humanos. Me acerco a él y se levanta para saludarme, moviendo la mesa con la rodilla y tirando el vaso de cerveza al suelo. Por suerte no se rompe, pero se sonroja hasta las orejas.

—Lo siento —susurra y se sienta sin saludarme—. Estoy nervioso.

—Tranquilo, yo también —admito—. ¿Cuántas de estas llevas? —digo señalando el vaso de cerveza vacío.

—Solo esa.

—Pues yo creo que es suficiente —bromeo—. No tengo ganas de llegar a casa empapado.

—Hecho.

Aprovecho que se levanta para pedir, vete a saber qué, porque no me ha preguntado, para observarlo. Lleva unos vaqueros caídos, una camiseta negra y una camisa a cuadros rojos y negros, remangada en el codo. Y pese a lo informal que va, me parece el chico más guapo de todo el local. Me sonríe apoyado en la barra antes de hablar con el camarero y volver con una carta en la mano.

—Te he pedido mi cerveza favorita para que la pruebes —comenta mientras se sonroja y entiendo que para él es importante compartir esto conmigo—. También he pedido unas patatas con beicon y queso para picar, porque igual eres de los que se le cierra el estómago con los nervios, pero a mí me lo abre y necesito comer —confiesa y me parece lo más adorable que he visto nunca—. Y ahora, por favor, habla o no me callaré en toda la noche.

—Es tentador dejarte hablar —bromeo con una sonrisa—. Creo que podrías confesarme tus más oscuros secretos si me quedo callado cinco minutos.

—Por eso Ryan no me deja ir a las reuniones —asegura y hace una mueca, como si se le

hubiera escapado.

—Hoy no somos un lobo y un leopardo de las nieves —le digo poniendo mi mano encima de la suya—. Solo Nate y Tim, compartiendo una cerveza y unas patatas.

—Y una hamburguesa.

—Todas las que quieras.

—No me tientes, lo de comer nervioso se me puede ir de las manos.

—¿En serio? —pregunto realmente curioso.

—En ese corcho de ahí —comenta señalando una zona de la barra—, hay una foto mía por batir un récord.

—Y ¿me vas a decir cuál o voy a tener que ir a mirarlo?

—Fue el primer día de universidad y aún me costaba entender que la gente se acercara y me hablara como si nada solo por ir a la misma clase —se justifica y agacha la cabeza avergonzado. Le cojo de la barbilla para que me mire y sonrío. ¿Qué clase de infancia habrá tenido para que no entienda una interacción social básica?—. Me comí seis hamburguesas dobles con sus patatas correspondientes.

—Y ¿cuál fue el premio? —Noto que se relaja ante mi pregunta y le suelto para volver a sentarme bien. El camarero trae las bebidas y patatas. Sonrío al ver que se ha pedido un refresco —. Era una broma lo de la cerveza.

—Una cerveza está bien, no necesito más —alega mientras desenvuelve la servilleta con los dos tenedores y me tiende uno junto a la servilleta. Pincha un montón de patatas y se las come, disfrutándolas. Decido probar una y tengo que darle un trago grande a mi cerveza para aliviar el quemazo que se ha llevado mi lengua—. Perdona por no avisarte, suelen arder. Mi hermano dice que no tengo sensibilidad en la boca.

—Le doy la razón —sentencio, aún con dolor en la lengua y paladar.

—Cien raciones gratis de patatas con beicon y queso fue lo que gané —me explica—. Me quedan unas cincuenta.

—¿Me has traído aquí porque te salen gratis las patatas?

—No —contesta riendo—. Este sitio me encanta y pensé que si tenía controlado el entorno sería más fácil estar contigo. Además, casi no vienen cambiantes, es un lugar seguro.

—¿Un lugar seguro?

—Nate, yo… —duda, ordena los pensamientos en su cabeza y prosigue—: Te voy a ser sincero. Conmigo no vas a poder tener una relación convencional, al menos, no al principio. Ya sabes quién es mi padre, pero no sé si sabes todo lo que es capaz de hacer. Yo sí. No puedo dejar que llegue a ti.

—Lo dices como si ya lo hubieras vivido —comento extrañado. No es una suposición, sabe de lo que habla.

—Mi hermano encontró a su pareja cuando tenía catorce años. —Y me sorprendo, tanto por la confesión, como por la temprana edad de Ryan al encontrarla, su vínculo debe de ser enorme —. He vivido su sufrimiento desde entonces. No será bonito.

—¿Tiene algún problema tu padre con que yo sea un hombre? —tanteo, aunque supongo que conozco la respuesta.

—No lo sabe. Creo que más bien se centraría en que fueras un lobo, pero quién sabe, es bastante probable que le molestasen las dos cosas.

—Y ¿tu hermano?

—Ryan no tiene ningún problema con ninguna de las dos cosas. Sabe dónde estoy y con quién. Mentirá para protegerme si es necesario, se le da sorprendentemente bien.

—Entonces, olvidémonos de ellos. Sácalos de tu cabeza. Disfrutemos de la noche y vayamos paso a paso —digo con una sonrisa y me la devuelve—, pero te agradezco que seas sincero y me digas la realidad.

—Siento que te haya tocado la pajita pequeña —se disculpa y me parte el corazón. Cojo sus manos con las mías y las beso.

—Y yo siento que te sientas así, porque yo me siento el hombre más afortunado del planeta ahora mismo. —Se sonroja y se mueve incómodo, así que decido cambiar de tema—: ¿Pedimos algo?

—Sí, por favor —implora y me señala las hamburguesas que más le gustan. Vuelve a levantarse para pedir y me trae otra cerveza—. Creo que no te ha gustado la otra, es un poco fuerte. Esta quizás te guste más. O igual no te gusta la cerveza y yo estoy dando por hecho que sí. —Se asusta y me lo comería a besos si no estuviéramos rodeados de gente—. Lo siento. No te he preguntado si te apetecía.

—Tranquilo. Siéntate, anda —digo, porque se ha quedado de pie con la cerveza en la mano y está adorable—. Me gusta la cerveza, pero es fuerte y estoy nervioso, así que no quiero acabar diciendo ninguna burrada. Ya habrás notado que tengo poco filtro, con alcohol no tengo ninguno. ¿Por qué no empezamos por el principio?

—Me parece bien. Lo siento.

—Deja de disculparte, no has hecho nada. Está bien, empiezo yo: hola, Tim, soy Nate. —Sonríe y se reclina en la silla—. Tengo veinticinco años, estudié Relaciones Públicas y ahora trabajo en el departamento de *marketing* de una empresa que vende ordenadores. Además, seré el beta de la futura alfa de los lobos, Raisa. Toda mi manada se mudó de forma definitiva hace unos meses, después de la muerte de nuestro alfa. Así que ahora me toca vivir en un lugar con dos lobos dominantes, padre e hija. Te puedo asegurar que todo el conocimiento de la carrera no sirve de nada cuando discuten, pero, por suerte, pasa muy pocas veces. Tengo tres hermanas pequeñas, Lisa, Nicole y Brittany, a las que adoro y odio a partes iguales. Vivimos aún con mis padres, y pese a que no paro de decir que estoy deseando mudarme, soy incapaz de hacerlo. Te toca.

—¡Vaya! Cuánta información de golpe. Vale. Hola, Nate, soy Tim. Tengo veintiún años, estoy estudiando Ingeniería Informática y trabajo a media jornada como programador. Soy hijo del jefe de los leopardos de las nieves, aunque desearía no serlo. Mi madre nos dejó cuando tenía diez años y haría cualquier cosa por volver a abrazarla. —Traga fuerte y prosigue—: Mi hermano y yo nos mudamos a la ciudad hace cuatro años, cuando empezó la universidad y asumió el rol de representante de nuestra especie. Si no fuera por él, me iría a vivir lo más lejos que pudiera sin mirar atrás.

—Siento lo de tu madre —digo, se nota que aún le duele. No puedo ni imaginarme cómo tuvo que sentirse y más con un padre como el suyo.

—Gracias. ¡Ah! Se me olvidaba: soy el leopardo de las nieves más fuerte de mi grupo. —Lo dice con un deje de orgullo, pero no como si chulease por ello, sino como un dato importante para él, aunque no logro saber por qué.

—¿Vas a atacarme? —pregunto confundido.

—No —espeta—. Bueno, solo si quieres —susurra y vuelve a sonrojarse hasta las orejas. Me ha tocado la lotería con mi pareja.

Seguimos hablando de nuestra infancia y hay anhelo en su mirada cuando le cuento algunas de las anécdotas más graciosas con mis hermanas. Él me cuenta algunas con su hermano, se nota que están muy unidos. Nos comemos las hamburguesas y otra de patatas con beicon, además de

un pastel de queso que compartimos, aunque se lo come casi todo él. Cuando salimos a la calle, una brisa fresca nos da la bienvenida y observo a mi alrededor, no hay casi nadie.

—Es una zona tranquila —me explica—. Casi nadie vive por aquí, todo son oficinas.

—Un barrio ideal para vivir si quieres merodear por la noche sin ser visto.

—Exacto —contesta y me guiña un ojo.

Empezamos a andar y se acerca a mí, tanto, que nuestros hombros se tocan y entrelaza nuestros dedos al revés. Miro su perfil y parece feliz, como si no quisiera estar en ningún otro lugar y todos sus fantasmas se hubieran esfumado. Ojalá este momento durase para siempre.

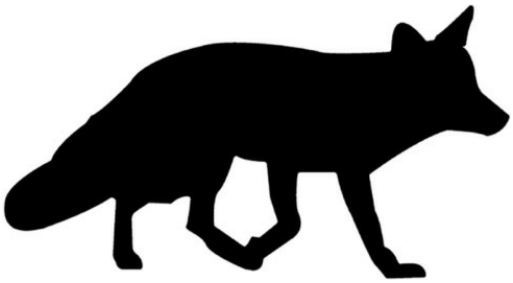
Llegamos hasta una casa de una planta situada en una esquina, cuidada, pero sin que destaque nada de ella en particular. Olvidable, nadie repararía en ella. Un lugar perfecto para que vivan dos cambiantes sin llamar la atención.

—¿Te gustaría tomarte la última antes de irte? —me ofrece y desvía la mirada, avergonzado mientras se sonroja.

Doy un paso en su dirección, borrando la distancia que nos separa y cojo su cintura. Me mira a los ojos y me regala una sonrisa de medio lado, pero no hace nada. Agarro su camiseta y le bajo para llegar a sus labios. Nos fundimos en un beso suave que poco a poco se va profundizando hasta que perdemos el control. Se detiene para respirar, apoyando su frente en la mía y aprovecho para susurrar:

—Me encantaría esa copa.

ALEX



MADRUGAR ES MEJOR SI LO HACES CON UN LEOPARDO HAMBRIENTO A TU LADO QUE TE DEVORA EL cuerpo entero antes incluso de que seas capaz de abrir los ojos. Ha sido sonar el despertador y ya lo tenía comiéndome a besos. Podría acostumbrarme a esto. Me arrastro hasta la cocina en busca de café antes de ir a casa a ducharme y cambiarme de ropa. No puedo aparecer en la oficina oliendo a sexo y con la misma ropa que ayer.

—¿Nate? —exclamo cuando me topo con una espalda con un tatuaje tribal en la parte alta nada más entrar en la cocina.

—¿Alex? ¿Qué haces aquí? —pregunta sorprendido, casi tanto como yo.

—El azúcar está… —Ryan se calla al ver al lobo y a los dos congelados sin saber qué decir —. Hola, Nate. Veo que la cita fue bien. ¡Tim, ven a la cocina!

Empieza a moverse por la cocina y a preparar un café mientras nosotros seguimos sin poder movernos mirándonos a los ojos sin saber muy bien qué hacer. Tim aparece con unos pantalones cortos y ruedo los ojos.

—¿Os cobran extra por poneros una camiseta? —digo frente a los tres torsos desnudos que tengo delante y se rompe el momento tenso, un poco—. Así que Tim y tú…

—Somos pareja —me aclara Nate—. Así que Ryan y tú…

—Sí. —Ryan me coloca una taza de café con leche en las manos y me besa la nariz para ir a rebuscar entre los armarios de la cocina—. ¿Te ha explicado las condiciones?

—Sí —contesta Tim—. Tampoco es que sea tonto, sabía dónde se metía.

—Literalmente —susurra Nate y su pareja se sonroja hasta las orejas. Ryan se ríe por lo bajo y yo sorbo el café mientras sonrío—. ¿Cómo es posible que ni tu hermano ni Martha lo sepan?

—Bueno… —Intento aclarar mis ideas, antes de admitir que llevo años mintiendo. Tim se acerca y me besa la cabeza para irse junto a Nate. Ryan me abraza desde atrás e inhala mi olor. Ese gesto me encanta—. Tardé un poco en darme cuenta de que era mi pareja y para cuando eso pasó, ya vivía en la ciudad. He sido cuidadosa cuando he ido a casa.

—También te inventaste un novio —me recuerda Tim, riendo. Se gira hacia Nate y le susurra —: Son tal para cual.

—Nicole lo sabe —afirma Nate—. Por eso ayer cuando le dije con quién iba ni se inmutó. Cualquier otra persona hubiera puesto el grito en el cielo.

—Sí —confirmo—. Es la única que lo sabe, además de Tim.

—No es que quiera que te vayas —me susurra Ryan—, pero como no salgas ya, vas a llegar tarde a trabajar.

—Si vas a volver con el coche —me dice Tim—, apárcalo en el garaje. Es demasiado llamativo. Anoche lo tapé con una lona.

—Gracias —contesto y me encamino hacia la puerta.

Ryan me acompaña para comerme a besos antes de abrir la puerta, salir y comprobar que no hay peligro para irme. Ojalá nuestra vida juntos no se tuviera que limitar a las cuatro paredes de su casa. Pronto, Ryan me ha prometido que será pronto.

SONRÍO al encontrarme a Ryan sentado en el capó de mi coche con una rosa blanca en las manos. Es el tercer día que viene a buscarme al salir de trabajar con una flor en las manos. Todos los días desde que apareció desesperado por verme y desde entonces he dormido en su casa. En su cama, a su lado, después de hacer el amor, no el sexo necesitado y desenfrenado al que estábamos acostumbrados. Es tan fácil perderse en esta felicidad que me evoca estar cerca de él, que me da miedo olvidar todos los impedimentos que aún tenemos por delante.

Nate también ha estado durmiendo aquí, así que entre los cuatro hemos creado una especie de paraíso en la casa en el que el exterior no importa. Al menos Tim sabe cocinar, así que las cenas han mejorado notablemente desde la *pizza* congelada. Hasta nos hemos atrevido a jugar a algún juego de mesa, que acabó con Ryan enterrado en mí durante horas. Estoy deseando volver a jugar.

Estamos acabando de cenar cuando recibo una llamada de Owen, aviso para que no hagan ruido, por experiencia sé que durará menos de un minuto:

—Hola, hermanito. Sigo viva.

—Alex, ¿dónde estás?

—Oh, estoy bien, Owen, gracias por preguntar. —El lobo se tapa la boca para no reírse y decido que puedo darle a mi hermano una verdad a medias—. He quedado con Nate para cenar.

—Karen dice que llevas toda la semana sin pasar por casa. —Ruedo los ojos y Ryan aprieta el puño. Estoy muy cansada de ella.

—¿Y? Soy adulta, Owen, puedo hacer lo que quiera, incluso dormir fuera de casa. —Se oye un suspiro exasperado y decido que es el momento de ir un paso más allá—. Estoy saliendo con alguien.

Los tres hombres que tengo delante me miran sorprendidos y me levanto para mantener esta conversación, porque no puedo estar quieta.

—¿Lo conozco? ¿Desde cuándo? Si es porque me he prometido podemos retrasar la boda…

—Owen, esto no tiene nada que ver con vosotros —le corto, es difícil contarle a mi hermano que su felicidad me entristece, pero que no haría nada que les hiciera infelices porque ellos no tienen la culpa, sin explicarles todo—. Llevamos un tiempo. Es mi pareja.

—¿Eres feliz? —pregunta mi hermano preocupado. No he sido la mejor versión de mí estos últimos cuatro años.

—Sí —contesto mirando a los ojos a Ryan, que se levanta para venir hacia mí.

—Entonces no voy a entrometerme —sentencia y lo agradezco—. Solo te pido que cuando estés preparada, me lo cuentes. Yo siempre estaré a tu lado, Alex. Pase lo que pase. No lo olvides.

—Gracias, Owen. Nos vemos —me despido colgando y observo a mi pareja que está a un palmo de mi cara.

—Nate, ¿te he enseñado las pinturas que he pensado para el coche? —comenta Tim, cogiendo a su pareja y saliendo de la casa.

Cuando se oye la puerta, Ryan se lanza a mi boca, como si fuera el pistoletazo de salida de una carrera y me alza del culo para pegarme a la pared del salón. Ni siquiera he notado que se ha

quitado el pantalón, cuando se introduce de golpe en mí, después de romperme las bragas. Cada estocada es más profunda que la anterior hasta que alcanzamos juntos un orgasmo arrollador que lanza todos mis miedos y barreras por los aires. Aún jadeante por el esfuerzo, le miro a los ojos y le pregunto:

—Voy con todo, Ryan. No más impedimentos entre nosotros. ¿Podremos hacerlo?

—Sí, Alex. Estoy seguro. —Me abraza y besa la cabeza—. Confía en mí, por favor.

—Siempre.

Ese fin de semana lo paso en su casa, igual que la siguiente semana. Hasta que una llamada de Owen lo cambia todo.

8

NATE



NO ME PUEDO CREER QUE ESTÉ CORRIENDO CON UN LEOPARDO DE LAS NIEVES. SIN EMBARGO, aquí estoy, junto a Tim, en el bosque que cubre el valle en el que vivo. Hemos hecho pellas en el trabajo, porque a estas horas no suele haber nadie por aquí, así podíamos sacar a nuestros animales sin ser vistos. Están tan contentos que no paran de saltar.

Guío a Tim hasta mi lugar favorito de la montaña. Es el nacimiento del río que parte el valle por la mitad, una pequeña cascada que sale de la piedra. Su sonido me da paz. Tardamos una eternidad en llegar, entre saltos, caricias con nuestras cabezas y lametazos de su leopardo. Al llegar, me tumbo y me transformo, noto su cuerpo a mi lado un segundo después.

—Este sitio es precioso —comenta con una sonrisa y me guiña un ojo al añadir—: También es mi favorito de este bosque.

—¿Perdona? ¿Me estás diciendo que estoy emparejado con un delincuente que se cuela en territorio enemigo? —pregunto fingiendo estar indignado.

—Me camuflo bien —contesta encogiéndose de hombros—. Además, yo nunca os he visto como enemigos.

—Lo siento.

—¿Cómo van las cosas con mi padre? —Al principio, cuando me interrogaba, pensaba que lo hacía para enterarse de nuestros movimientos y avisar a su padre. Ahora que lo conozco mejor, no sé ni cómo puede ser hijo suyo. Con Ryan aún tengo mis reservas, aunque Tim confía en él, así que le estoy dando un voto de confianza. Además, el leopardo no haría nada que dañase a Alex.

—Les ha dado un mes de plazo para ceder el territorio o lo cogerá a la fuerza.

—¿Os habéis planteado plantarle cara?

—Se han planteado todos los escenarios posibles —le contesto—, pero nosotros no somos así. Aunque no todos opinan igual, sobre todo los mayores.

—Les entiendo. Esperemos no tener que llegar a eso —asegura cogiendo mi mano y besándola.

Tiro de él para atraerlo hacia mí y se coloca encima, para fundirnos a besos y caricias que hacen que lleguemos al séptimo cielo.

NOS APRESURAMOS PARA VOLVER, se nos ha pasado la hora comiéndonos a besos y ahora podríamos encontrarnos con alguien. Por muy bien que se camufle, su olor lo van a detectar y no quiero más problemas con su padre. A veces pienso que no solo tiene miedo de lo que pueda hacerme a mí, sino también a él. Me estremezco solo de pensarlo.

Tim lleva algo de ventaja y lo pierdo de vista justo cuando el gruñido de varios lobos llega hasta mí. Corro a su encuentro y lo que veo me da escalofríos: Tim está sentado, gruñendo a las dos lobas que tiene delante que están con el lomo erizado y en posición de ataque. No me lo pienso y me coloco entre mi pareja y mis hermanas, y les suelto un gruñido bajo de advertencia a estas últimas. Me da igual que no pueda entrar aquí, nadie va a tocarle ni un pelo. Las dos se sorprenden, pero se relajan y, tras una mirada de advertencia, siguen su camino hacia el bosque. Tim se acerca y me da una caricia en el lomo antes de salir corriendo hacia el coche.

Al llegar hasta el escondite donde ha aparcado y transformarnos, coge mi cara con las manos y me estampa contra el lateral del coche para besarme de forma apasionada. Se separa para respirar y apoya su frente en la mía.

—Gracias.

—Mis hermanas son mucho gruñir pero poco atacar —bromeo, pero su mirada se intensifica —. ¿Estás bien?

—Te has enfrentado a tu familia por mí.

—Claro, Tim —contesto cogiendo su cara con mis manos—. Te quiero y eres mi pareja, siempre serás mi prioridad.

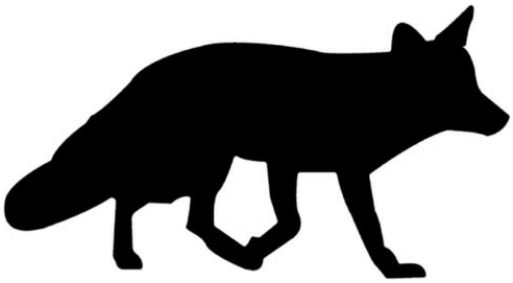
—Tú también lo eres para mí. Recuérdalo siempre.

—Siempre.

—Te quiero, Nate.

9

ALEX



—LOS LEOPARDOS SE ESTÁN AGRUPANDO EN LA FRONTERA DE NUESTRO TERRITORIO, ALEX —suelta Owen cuando descuelgo el teléfono la tercera vez que me llama seguida—. Van a atacarnos.

—Voy para allí —contesto, saltando prácticamente de mi silla del trabajo.

No sé qué cara debo tener, porque nada más verme mi jefe me ha comentado que no me preocupase antes de decirle que tenía que irme. Corro hasta el coche mientras llamo a Ryan, pero no me lo coge. Lo intento con Tim, pero obtengo el mismo resultado. Voy alternando entre los hermanos, hasta que desisto y llamo a Nate.

—Estoy de camino para allí —asegura nada más descolgar—. No localizo a Tim.

—Ni yo a Ryan. ¿Crees que…? —Se me quiebra la voz solo de pensarlo.

—No les ha pasado nada, Alex. Estoy seguro de que están trabajando y no se han dado cuenta. —Creo que lo dice más para él que para mí, pero una pequeña esperanza se instaura en mi interior y me ayuda a seguir.

—Voy a seguir intentándolo, si lo consigues…

—Te aviso, tranquila. Nos vemos allí.

Ni siquiera sé cómo he llegado tan rápido ni como el coche no ha salido volando con la velocidad que llevaba en las curvas. Abro la puerta mientras pongo el freno de mano y me acerco a donde está mi hermano mirando al frente. Nate se acerca y se queda a mi lado, pero no puedo mirarle, solo puedo fijarme en la cantidad de cambiantes que tenemos delante. A los leopardos de las nieves los acompañan renos, ciervos y bueyes almizcleros. No lo entiendo, están en el consejo de cambiantes, ¿se han aliado con ellos?

—Justo a la zorrita que estaba esperando —espeta aplaudiendo el padre de Ryan—. Solo faltan mis hijos para que empiece la fiesta.

Noto movimiento a mi alrededor y mi hermano y mi padre se colocan delante de mí, protegiéndome, mientras que el jefe de los tigres se posiciona a mi espalda y Victor e Ilain al lado de Nate. Detrás, el resto de los cambiantes dispuestos a plantar cara a este malnacido.

Se escuchan coches llegar y se va incrementando el número de cambiantes en los dos bandos. Nate gira la cabeza cuando el rugir de un motor llega a nuestros oídos. Tim y Ryan salen del coche, con cara de asesinos, como si fueran los dueños de todo el valle. Bueno, supongo que están a punto de serlo. Se colocan un paso por delante de su padre y este sonríe de forma siniestra.

No me puedo creer que esté pasando esto, después de tantos años, la peor de mis pesadillas se ha hecho realidad. Voy a tener que enfrentarme a mi pareja. Voy a tener que hacerlo para proteger a mi familia. Y lo odio. Odio tener que elegir, porque yo siempre le hubiera elegido a él,

pero él a mí no. Le odio por mentirme, por hacerme creer que un nosotros era posible. Le odio por darme todo lo que ansiaba para luego arrebatármelo. Pero más me odio a mí misma por permitirle romperme el corazón por segunda vez.

—Ha sido divertido, Alex —dijo cuando le pregunté qué pasaba—, pero ya me he aburrido de ti.

—Pensaba que me querías… —supliqué y él se rio.

—Somos un leopardo de las nieves y una zorra ártica, sabíamos que se acabaría.

—¡Yo me hubiera enfrentado a mi familia por ti! —exclamé.

—Pues no deberías —contestó serio—. Yo no lo haré por ti.

Y con esas palabras, me dejó tirada en el mismo sitio donde me encuentro ahora. Cuando mi zorra lo reclamó como mi pareja, dos años después de ese fatídico día, volví a preguntarle:

—¿Sabías que éramos pareja? —le exigí saber.

—Sí —contestó agachando la cabeza.

—¿Por qué no dijiste nada?

—Porque seguimos siendo un leopardo de las nieves y una zorra ártica, Alex. Nada va a cambiar eso.

—¡Lo cambia todo, Ryan!

—¡No cambia nada, Alex! Quiero estar contigo, pero no voy a enfrentarme a mi padre por ti. No lo hice entonces y no lo haré ahora.

—Yo sí lo haría por ti… —dije, marchándome para que no me viera llorar.

Las lágrimas caen sin control por mi cara y miro a Nate, que está igual que yo, mirando a Tim sin poderse creer lo que está ocurriendo. Nuestras parejas observan un punto detrás de nosotros, serios, sin expresión alguna, mientras su padre lanza mil y una amenazas, tan fuerte, que le sale saliva de la boca. Observo a Ryan y siento que no lo conozco. Este no es el mismo hombre que me despierta con un beso en la nariz, ni viene a buscarme al trabajo con una rosa blanca. Este es un desconocido.

Como si supiera que lo estoy mirando, baja la cabeza hacia mí y sonríe, pero no una sonrisa macabra, sino la clase de sonrisa que solo se reservaba para mí. Me sonríe y me guiña un ojo, justo para girarse. En el momento que noto que se está transformando, los brazos de mi padre y mi hermano me envuelven, inmovilizándome, mientras veo a mi pareja lanzarse hacia su padre. Un dolor visceral me atraviesa mientras noto cadenas a mi alrededor que me impiden transformarme y correr hacia mi pareja.

—¡Ryaaaan!

10

NATE



HAY MOMENTOS QUE CAMBIAN TU VIDA PARA SIEMPRE: CUANDO NACE TU HERMANA Y DEJAS DE ser hijo único; cuando te sacas el carné de conducir y tienes libertad para moverte donde quieras; cuando encuentras a tu pareja predestinada; o cuando la tienes delante dispuesta a enfrentarse a ti y a las personas que más te importan en el mundo.

Él sabía los planes de su padre, tenía que saberlos, pero en lugar de contármelos para que pudiéramos actuar, ha decidido luchar a su lado. Pensé, iluso de mí, que no estaba de acuerdo con su padre, que le parecía una aberración igual que a mí. Me ha estado mintiendo todo este tiempo y, lo peor, es que ni siquiera lo he visto venir. Me tragué sus palabras una a una.

«Tú también lo eres para mí. Recuérdalo siempre» me dijo el día que fuimos al bosque, pero no es fácil creer en sus palabras cuando las evidencias dicen otra cosa. Ni siquiera me mira, le da igual que esté aquí llorando desconsolado viendo como mi vida se desmorona. El mismo que limpió mi ropa de grasa cuando me llevó al taller y me apoyé donde no debía; o cambió la marca de los yogures cuando le dije que a mí me gustaba más otra. ¿Por qué hizo todo eso si iba a acabar enfrentado conmigo? Hubiera preferido no conocerle. Ahora que he conocido la felicidad absoluta a su lado, no voy a saber vivir sin él. No quiero vivir sin él. Prefiero morir en esta batalla absurda.

Observo a Ryan, que tiene la misma postura que su hermano y a Alex, que tiene la cara empapada por las lágrimas. No entiende nada, igual que yo. Tim se mueve ligeramente y fija la vista en mí. Al mirarlo, me saca la lengua con una sonrisa alegre y se gira para transformarse. Cuando voy a salir tras él, varios brazos me rodean y noto unas cadenas alrededor de mi cuerpo, imposibilitando que me transforme. Un grito desgarrado resuena por todo el valle, arrastrando la poca cordura que me quedaba.

—¡Ryaaaan!

Caigo al suelo de rodillas, llorando desconsolado. Tim y Ryan acaban de enfrentarse a su familia, a todos los de su especie, por nosotros, y van a morir. Se han sacrificado y no es justo. No quiero ser libre si no es a su lado. No quiero vivir si no es con él.

—Mira lo que ha conseguido tu pareja, hermanita. —Escucho que le dice Owen a Alex y observo lo que están mirando.

El padre de Tim y Ryan está en el suelo, encadenado por dos renos, con el leopardo de Tim encima gruñendo. Ryan tiene a otro debajo, también esposado. Al observar al resto del grupo, veo a varios leopardos, los más mayores, atados por los más jóvenes y el resto de los cambiantes que estaban en el grupo. No eran los dos hermanos contra el mundo, esto estaba planificado.

Los leopardos de las nieves más jóvenes habían rodeado a los mayores, como si fueran a protegerlos, y el resto de los cambiantes que estaban a su lado, se habían mezclado con el resto

como aliados, de forma que nadie podía sospechar que estaban ahí para apresarlos. Aunque estoy seguro de que nunca hubieran sospechado. Oliver, el mismo que lideró la masacre contra los de su especie hace años, nunca hubiera pensado que podía ser encadenado por un reno. Observo a los jefes que me rodean y no están sorprendidos, lo sabían. ¿Por qué no nos habían contado nada?

Un leopardo de las nieves aparece por mi izquierda y todos se apartan para dejarlo pasar. Se dirige al grupo de los de su especie y la cara de sorpresa de los más mayores me indica que saben quién es. Tim libera a su padre y los renos lo levantan para que lo vea. Su cara furiosa muta para llenar sus ojos de una ira que no creía posible. Un cachorro aparece detrás, pero en lugar de seguir el mismo camino que el primero, se va junto a Alex, que lo mira estupefacta.

Alguien me levanta y me quita las cadenas, igual que a Alex, pero ella se queda en el suelo junto al cachorro, que no para de lamerle la cara. Quiero salir corriendo e ir con Tim, pero me he quedado paralizado. No entiendo nada de lo que está pasando.

Tim, Ryan y el otro leopardo de las nieves que ha aparecido de la nada se transforman y enseguida alguien les da ropa y una manta. La tercera persona es una mujer con el pelo algo canoso que no he visto jamás. Cuando se gira para mirarnos, se escucha una exclamación de los más mayores.

—Es su madre —nos explica Victor, pero es interrumpido por una voz desde el suelo.

—Es mi mami y ellos son mis hermanos. —El cachorro de leopardo ahora es una niña de unos cinco años que abraza a Alex como si le fuera la vida en ello—. Y tú eres Alex, la pareja de mi hermano Ryan.

—Sí, lo soy —le contesta Alex orgullosa con una sonrisa, levantándose con la niña en brazos.

Un zorro ártico, al que todos los de su especie miran sorprendidos, llama a la niña y se la lleva junto a su madre. Los hermanos empiezan a acercarse y voy corriendo hacia Tim. Estampa sus labios con los míos mientras me pide perdón:

—Lo siento, lo siento, siento no habértelo contado. Iba a hacerlo, pero mi padre ha adelantado los planes.

—Tenéis muchas cosas que contarnos vosotros dos —dice Alex a mi lado, subida a Ryan, que la besa por toda la cara—. Ahora, Ryan.

—Será mejor que vayamos a casa —comenta el leopardo—. La historia es larga de contar.

—Y ¿eso por qué? —interrogo.

—Porque empezó hace cuatro años —explica Tim riendo y le miro sorprendido.

—¿Qué? —pregunta Alex mirando a Ryan.

—El plan para enfrentarnos a nuestro padre empezó el día que me reclamaste como pareja.

RYAN



SOY LIBRE. LIBRE DE SER QUIEN QUIERA SER. LIBRE DE ESTAR CON MI PAREJA SIN MIEDO A QUE la maten. Libre para gritarle al mundo entero que la amo. Libre para pasear junto a su zorra por el bosque. Libre de todas las ataduras que me han impedido ser feliz durante tanto tiempo. Eso si consigo llegar a casa antes de que Alex me mate por no contarle nada.

—Lo siento —vuelvo a repetir. Lo he dicho tantas veces hoy que creo que ha dejado de tener sentido.

Owen y su padre se han encargado de explicarles al resto de cambiantes lo que había sucedido. Bueno, muchos de ellos ya sabían una parte. Que Alex era mi pareja y Nate la de Tim solo lo sabían ellos y los lobos. Era más seguro así, por si alguno quería traicionarnos. Ninguno lo ha hecho, por suerte. Tampoco sabían nada de la aparición estelar de mi madre. La cara de mi padre cuando la ha visto junto a su pareja, un zorro ártico, viva y con una niña, es una imagen que jamás olvidaré.

Alex aparca en la puerta de casa y alza el freno de mano con tanta fuerza que creo que lo va a romper. Tim me ha comentado que se llevaría a Nate al garaje para darnos intimidad y tenerla ellos también. Así que nada más entrar, la alzo del culo y la apoyo en la pared para besarla, mientras cierro la puerta con el pie.

—Eres idiota —me repite con sus labios pegados a los míos—. No hubiera podido vivir sin ti.

—No tenía intención de morir —le recuerdo.

—Pero podrías haber muerto.

—Minucias. —Sonrío contra su boca y se ríe por primera vez desde que la he estrechado entre mis brazos hace un rato.

—Me he llevado un susto de muerte, Ryan. No vuelvas a hacerlo.

—No tengo intención de enfrentarme a otro padre —bromeo y me llevo un golpe en el hombro.

Nos muevo hasta el sofá y la siento encima. Le doy un beso en la nariz y empiezo a explicarle mi historia. Nuestra historia:

—Supe que eras mi pareja la segunda vez que te vi y me diste aquel derechazo por adentrarme un metro en vuestro territorio.

—Te lo mereciste, teníais prohibido entrar y decidiste hacerlo pese a que te advertí de las consecuencias —me recuerda y me río al recordar a Alex con catorce años enfrentándose a mí, que le sacaba una cabeza.

—Sí, seguramente, pero estaba enfadado con el mundo. Mi madre había fingido su muerte para poder huir con su pareja y que mi padre no fuera detrás de ellos para matarlos. Fue duro.

Muy duro. Iba a llevarnos con ella, pero Tim enfermó y mi padre sospechaba algo, así que le insté a irse sola. No existían los móviles por aquel entonces, así que intentaba llamarnos cuando sabía que mi padre no estaba en casa, que no era en muchas ocasiones. La echaba mucho de menos y mi padre no ayudaba. No estoy justificando lo que hice, era un imbécil, solo digo que no estaba en mi mejor momento. —Me acaricia la mejilla con sus dedos y su calor me reconforta.

»La primera vez que te vi, fue como si hubiera vivido en blanco y negro y me descubrieran todos los colores de golpe. Fascinante y terrorífico a la vez, pero después de ese derechazo supe que no podría vivir sin ti. Teníamos catorce años y no sabía cómo acercarme a ti, pero mi leopardo te generaba curiosidad, así que me aproveché y dejé que fuera él quien se ganara tu confianza.

—Siempre le he preferido a ti —bromea y beso su nariz—. Gracias a él nos hicimos amigos.

—Sí, y cada cosa que descubría de ti, más me encantaba. Hasta que conseguí que fueras mi novia y me hiciste el chico más feliz del mundo. Fueron los mejores meses de mi vida, pero un día, mi padre llegó antes a casa y te olió en mi ropa. Me pegó tal paliza que me rompió una costilla. Me dijo que si no te dejaba, correrías la misma suerte. Entonces me preguntó si eras mi pareja. Lo dijo de una manera que temí que cumpliera su amenaza aunque yo me negase a verte. Es un sádico, Alex, hubiera disfrutado maltratándote durante mucho tiempo y no podía permitirlo. Así que le dije que no; y en ese momento me volví el mayor mentiroso del país. Él estaba en el bosque mientras te dejaba, disfrutando al ver cómo llorabas, y yo tuve que tragarme todo el dolor, el mío y el tuyo, para protegerte.

—Me rompiste el corazón, Ryan. Aún no sabía que eras mi pareja, pero te amaba.

—Lo sé. Y di gracias a que no lo supieras para que fuera menos doloroso para ti que para mí. Intenté alejarme durante los dos últimos años de instituto, aunque fracasé estrepitosamente y te observaba como un mirón en la lejanía. Parecías feliz y eso me daba fuerzas para continuar, sabiendo que era probable que algún día tuviera que enfrentarme a ello. Cuando te vi la primera semana de universidad estuve a punto de dejarla, pero las ganas de estar cerca de ti ganaron la batalla. Aproveché para mudarme con mi hermano a la casa de la ciudad que tenía mi madre y que habíamos heredado. Con suerte, ahí mi padre me vigilaría menos.

—Y ¿lo hizo?

—Sí, se olvidó de nosotros y fue una suerte. Creo que dedujo que fue algo pasajero, aunque siempre me preguntaba por ti. Supongo que para recordarme qué pasaría si me unía a otra especie. Aprendí a mentir mejor y las pocas veces que le veía, fingía que opinaba como él y que el resto de los cambiantes me daban igual. También descubrí que la mayoría de los jóvenes de mi grupo estaban en contra de la masacre que había provocado mi padre al llegar y que nadie le quería como jefe, pero les daba miedo. Y empecé a trazar un plan a largo plazo para cuando mi padre muriera, pero, entonces, me reclamaste.

—¡Qué oportuna!

—No era una queja. Me encantaba que me buscaras con la mirada y te chocaras conmigo por los pasillos y pensé que podía aguantar así. Pero entonces, llegó la fiesta de navidad de los lobos. Acababas de descubrir que tu hermano se había emparejado con Martha y te diste cuenta de que era tu pareja.

—Es posible que me hubiera dado cuenta antes, pero no quería reconocerlo —confiesa bajando la cabeza.

—Ya no tiene importancia. Ese día te dije que no iba a enfrentarme a mi padre por ti y algo se rompió dentro de mí. Un dolor desgarrador por hacerte daño que nunca había vivido, ni

siquiera cuando te rompí el corazón. Cuando llegué a casa y se lo conté a Tim me preguntó por qué no quería enfrentarme a él y me di cuenta de que ya no era ese chaval de quince años con el corazón roto y que podía hacerlo. Lo haría por ti, por nosotros.

»Decidí aceptar el rol de representante de la familia que mi padre me había pedido y lo aproveché para conocer a todos los jefes, betas, ayudantes y demás personas del consejo. Ninguno me aceptó al principio por ser hijo de quien era, pero poco a poco me gané su confianza. Les expliqué mis planes para cuando mi padre no estuviera y, al menos, me escucharon. Cuando vieron que mis intenciones eran sinceras, les expliqué mi plan de enfrentarme a él y el apoyo de gran parte de mi grupo. Ahí fue cuando realmente vieron que iba en serio. Pero fue un trabajo que me llevó mucho tiempo, Alex, años para ganarme su confianza.

—Nadie confía en un leopardo de las nieves —sentencia.

—Exacto. Los más duros fueron los tigres, lobos y zorros árticos. No me escuchaban, daba igual lo que dijese, pensaban que era una artimaña de mi padre, y les entiendo. Y sin su apoyo, el resto de los cambiantes dudarían de mis planes. Estaba desesperado y necesitaba hacerlo ya, no aguantaba un minuto más sin estar a tu lado y los meses que estuvimos sin vernos no ayudaron. Entonces, Nate conoció a Tim. Y conseguí que Ilain me escuchase y con él, tu hermano, que por cierto, tiene peor derechazo que tú, pero pega fuerte el cabrón.

—Seguro que esa también te la merecías.

—¿Te vas a poner de mi parte alguna vez?

—No —bromea y le hago cosquillas.

—Teníamos el plan perfecto: tu padre se negaría a ceder las tierras y seguro que eso haría que mi padre os atacara. Había dejado caer en el consejo de leopardos que estaba buscando aliados contra los zorros árticos, así que le explicaría que algunos renos, los ciervos y los bueyes almizcleros nos apoyaban y haríamos exactamente lo mismo que hemos hecho hoy: apresaríamos a los más mayores que creen que tienen más derecho que nadie sobre la tierra y cogería las riendas de los leopardos de las nieves. Ayer cerré el plan con ellos, pensábamos contároslo esta noche.

—Y ¿qué ha pasado?

—Mi padre se ha impacientado. Lo del mes de aviso fue idea mía y me llamó para decirme que no pensaba esperar más, que esos zorros no se merecían estar felices en sus tierras y pensaba tomarlas ya. Llamé a todos los jefes que pude, a mi madre y me fui para allí. El resto ya lo sabes.

—No, sigo sin saber por qué mi hermano y mi padre me han inmovilizado.

—Se lo he pedido yo —confieso—. Al no saber el plan, ibas a intentar ayudarme cuando atacase a mi padre y no podía ponerte en peligro. Estaba todo controlado, pero siempre puede haber un imprevisto y no podía perderte. He hecho todo esto para estar contigo.

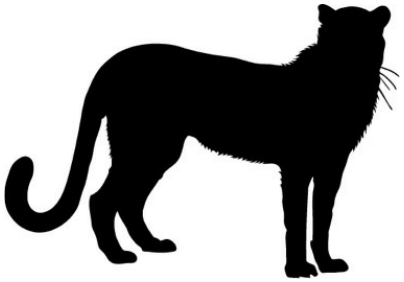
—Te quiero, Ryan.

—¿Sabes que es la primera vez que me lo dices?

—¿Sí? Pues no te acostumbres. Me han encadenado por tu culpa, pienso vengarme.

—Y yo pienso dejarte —digo besando sus labios. Es la mujer perfecta y es mía. Soy el leopardo de las nieves más afortunado del mundo.

TIM



HAY ALGO HIPNÓTICO EN OBSERVAR UNA HOGUERA, MUCHO MÁS SI LO QUE SE QUEMA SON LAS pertenencias de la persona que más odias en el mundo: tu padre. El calor del cuerpo de Nate, apoyado en mi pecho, me reconforta y me ayuda a pensar que hemos hecho lo correcto. Miro a mi hermano, que tiene a Alex abrazada a su cuerpo y me sonríe. Se acabó, después de tantos años somos libres y aún no sé cómo gestionarlo.

Me dirijo a la que una vez fue nuestra casa, donde se encuentra mi madre con su pareja y mi hermana. Su casa, ahora que nadie les impide ser felices juntos. Nos hemos pasado la última semana dando muchas explicaciones y, sobre todo, tomando decisiones cruciales para nuestra especie. Nos han aceptado en el consejo de cambiantes sin que nadie se opusiera, algo que no esperaba. Supongo que enfrentarnos a los leopardos de las nieves más crueles que hayan existido nos ha hecho ganarnos su confianza. Una vez el mayor de los renos nos aceptó, el resto no puso objeción.

El pobre perdió a toda su familia el día que mi padre decidió que ese valle le gustaba para vivir y masacró a todos los leopardos de las nieves y cambiantes que estaban en la zona, junto con los más viejos de nuestro grupo. Amenazó al resto de las especies con hacer lo mismo si intentaban quejarse y llegó a un acuerdo de no atacar a otros cambiantes si no le molestaban. Ahí fue cuando se creó el consejo de cambiantes, para respaldarse en caso de ataque de algún grupo, caso que jamás había ocurrido antes. Espero que no vuelva a pasar.

—Sigo sin creerme que tu madre esté viva. —Nate interrumpe mis pensamientos y observo como Alex juega con mi hermana—. Me alegro de que la hayas recuperado.

—Te dije que haría cualquier cosa para volverla a abrazar —le recuerdo y sonríe—. Al menos tu sufrimiento ha durado solo unas semanas.

—Alex y tu hermano han sufrido mucho, pero míralos ahora, no creo que haya dos personas más felices en el mundo —dice mientras les observa con cariño.

—Discrepo —sentencio mirándole y consigo que se sonroje él por primera vez desde que lo conozco—. Me gustaría enseñarte un sitio.

Cojo su mano y lo arrastro hacia el bosque que rodea el valle que compartimos con los zorros árticos, despidiéndome de Ryan con la mano, que me guiña un ojo. Andamos un rato mientras noto su mirada en la espalda, pero no dice nada; y yo, si hablo, desvelaré la sorpresa que tengo preparada, así que me callo hasta llegar a un claro lleno de flores silvestres iluminado por la luna llena que nos regala esta noche el cielo. En el centro hay una manta y un cesto con comida y nos dirijo hacia allí.

—He pensado que nos vendría bien relajarnos después de una semana llena de decisiones difíciles —digo sentándome e instándole a hacerlo a mi lado—. Este es mi lugar favorito en el

valle.

—Es precioso, pero no tanto como tú. —Besa mis labios y lo aparto cuando va a profundizar más sus caricias. Se ríe y asiente—. Tienes hambre, lo entiendo.

—Ya sabes que cuando estoy nervioso me da por comer —le recuerdo y abro el cesto para enseñarle el contenido.

—Pensaba que ya no te ponía nervioso estar a mi lado —dice confuso y empieza a sacar el contenido del cesto. Justo cuando saca el último táper, se queda paralizado mirando la última caja que se encuentra al fondo. Trago saliva y me mira mientras lo saca—. ¿Esto es lo que creo que es?

—No lo sé —contesto casi sin voz y me encojo de hombros—. Quizás deberías abrirlo para saberlo.

Le tiemblan las manos mientras abre la caja de terciopelo negro que tiene entre sus manos y sus ojos se llenan de lágrimas al observar su contenido.

—Nate, me harías el hombre más feliz del mundo si te convirtieras en mi marido. ¿Quieres casarte conmigo?

—Sí.

Y ahora sí le dejo darme todas las caricias que quiera. Soy el hombre más afortunado del mundo.

¡Gracias por leerme! Si te ha gustado esta novela, por favor, deja una valoración en Amazon para ayudarme a llegar a más gente.

Si es la primera vez que me lees, te dejo la sinopsis y el enlace a mis otros libros en la siguiente página.

¡Disfruta de la lectura!

Ygritte

MÁS LIBROS DE LA SAGA BAJO LA PIEL CAMBIANTE



La navidad es la época más mágica del año. Sin embargo, hay navidades que se recuerdan más que otras, como esa en la que encuentras a tu pareja predestinada…

ILAIN

Que tu mejor amiga sea tu pareja predestinada es similar a que te toque la lotería. El problema viene cuando te sientes incapaz de confesárselo. Pero encontraré el momento, lo prometo.

OWEN

Desde que besé a Martha por primera vez y supe que era ELLA, me convertí en el hombre más feliz del mundo. Solo hay un problema: Alex, mi hermana y su mejor amiga; la misma que lleva intentando separarnos desde que nos conocimos.

ETHAN

Me había resignado a no encontrar a mi pareja predestinada nunca. Somos pocos tigres y rara vez se forman parejas entre diferentes especies. Por suerte, mi padre me obligó a acompañar a la loba a un mercadillo navideño y allí estaba ELLA. Una humana a la que tendría que explicarle que era un cambiante y darle la opción de que se olvidase de mí.

STEVE

Natalie me rompió el corazón hace tres años. Sin embargo, no he conseguido olvidarla y me he propuesto conquistarla de nuevo. Una labor complicada, sobre todo teniendo en cuenta que me odia.

CONSÍGUELO PULSANDO EN EL TÍTULO NUESTRA MEJOR NAVIDAD O ESCANEANDO EL QR:

OTRAS OBRAS DE YGRITTE BERLANA

SAGA FUEGO Y HIELO



Adéntrate en este Retelling de Blancanieves y descubre que nadie es como parece...

Hace dieciocho años que aparecí en el mundo humano sin saber nada más que mi nombre: Winter. Ese día, los cuentos de hadas que les contaban a los niños se hicieron realidad: había una fae entre ellos. Desde entonces he crecido junto a la princesa Kassia, como un miembro más de la corte del reino Alister. Me formé como guerrera pero, cuando estaba a punto de conseguir todo cuanto había soñado, la muerte del príncipe Randall II, el heredero al trono, lo cambió todo. Ahora vivo recluida en el castillo que una vez fue mi hogar, deseando salir y luchar. Pensé que moriría en vida, hasta que el capitán Keilan decidió saltarse las normas.

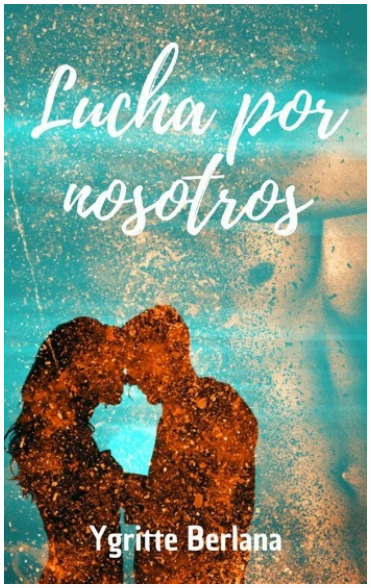
¿Qué iba a hacer si me dio justo lo que tanto ansiaba?

Lo agarré con todas mis ganas y entonces… todo volvió a cambiar.

CONSÍGUELO PULSANDO EN EL TÍTULO WINTER, LA ÚLTIMA GUERRERA FAE O ESCANEANDO EL QR:

SERIE NOSOTROS

SI TE GUSTAN LAS NOVELAS LIGERAS, LLENAS DE AMOR SANO Y CON PERSONAJES CERCANOS, ¡ESTA ES TU SERIE!



Una historia de amor repleta de música, libros y superación pero con fecha de caducidad. ¿Será este romance su capítulo final o se convertirán en un secundario más en la historia de su vida?

Un viaje por trabajo.

Un enlace muy interesante.

Una mirada inteligente.

Una petición afortunada.

Un callejón.

Una mujer.

Un hombre.

Una historia que vivir.

Una fecha de fin.

CONSÍGUELO PULSANDO EN EL TÍTULO LUCHA POR NOSOTROS O ESCANEANDO EL QR:

Una historia de reencuentro, amistad y segundas oportunidades, donde descubriremos que, a veces, el destino de dos personas es estar juntas.

Un traslado.

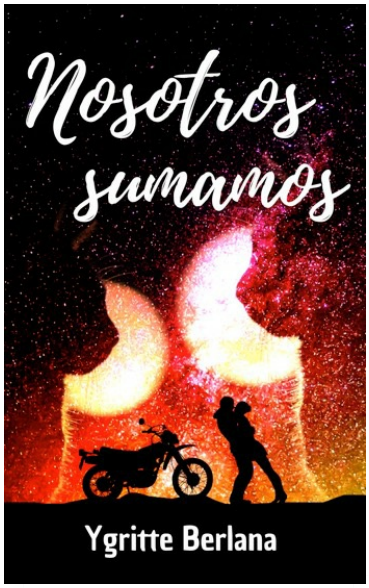
Un vecindario nuevo.

Catorce años después.

Un hombre.

Una mujer.

Dos gatos.



Una historia que recuperar.

Un caso por cerrar.

Consíguelo pulsando en el título Nosotros sumamos o escaneando el QR:

YGRITTE BERLANA



Escribo para dejarte el corazón calentito y una sonrisa en la boca. Novelas de romance contemporáneo y fantasía romántica llenas de amor sano, protagonistas fuertes y segundas oportunidades.

Si quieres ponerte en contacto conmigo, estaré encantada de hablar contigo a través de mi cuenta de Instagram o TikTok: @ygritte.berlana, donde también encontrarás curiosidades de la historia y novedades.

Y por último, que sepas que puedes conseguir todos mis libros en papel firmados en mi página web: https://ygritteberlana.com/

¡Gracias por leerme!